

LA CUÁDRUPLE ALIANZA DE 1718: EQUILIBRIOS Y DESEQUILIBRIOS

The 1718 Quadruple Alliance: Balances and Imbalances

María Ángeles PÉREZ SAMPER 

Universidad de Barcelona
angelesperez@ub.edu

Fecha de recepción: 7 septiembre 2022
Fecha de aprobación: 17 noviembre 2022

RESUMEN: Tras la Guerra de Sucesión a la Corona española, el tratado de Utrecht de 1713 había establecido un nuevo equilibrio europeo como fundamento de la paz. Pero Felipe V se negó a aceptar la pérdida de las posesiones españolas en Italia. En 1717 emprendió la conquista de Cerdeña y en 1718 la de Sicilia. Esta política beligerante hizo reaccionar a las otras potencias europeas que firmaron la Cuádruple Alianza para restaurar el equilibrio. Estalló una nueva guerra que obligó a Felipe V a devolver las islas conquistadas. Con el Tratado de La Haya de 1720 se cerraba el primer capítulo de la larga lucha por el equilibrio en el Mediterráneo. El sistema de balanza de poderes establecido sería repetidamente cuestionado por los diversos intereses encontrados de las potencias europeas. Fue un equilibrio lleno de desequilibrios.

Palabras clave: Siglo XVIII; España; Italia; Felipe V; Cuádruple Alianza.

ABSTRACT: After the War of the Spanish Succession, the 1713 Peace of Utrecht established a new balance in Europe as fundamental for maintaining peace. But Philip V of Spain refused to accept the losses of its Italian possessions. He launched the conquest of Sardinia in 1717, and in Sicily in 1718. This belligerent policy caused the reaction of other

European powers which signed the Quadruple Alliance so as to restore the balance. When a new war sparked, Philip V was forced to return the conquered islands. The 1720 Treaty of The Hague closed the first chapter in the long dispute for the balance in the Mediterranean. This balance of power system was repeatedly questioned by several interests of the European powers. It was a balance full of imbalances.

Keywords: 18th-century; Spain; Italy; Philip V; Quadruple Alliance.

1. LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO

El tratado de Utrecht de 1713 había establecido un nuevo equilibrio europeo como fundamento de la paz (Bély, 2015; Dhondt, 2015; Zeller, 1967). Era el resultado de una larga y cruenta guerra, pero el acuerdo no fue tan estable como se pretendía. Felipe V no aceptaba ese equilibrio y se negaba a acatar las resoluciones del tratado de Utrecht relativas a las antiguas posesiones españolas en Italia. No solo el rey, toda España había sufrido un gran impacto por la pérdida de Italia. La voluntad de recuperar los territorios italianos, cedidos en Utrecht como consecuencia de la Guerra de Sucesión, hay que enmarcarla en la larga relación hispano-italiana, procedente de la Corona de Aragón desde la edad media y especialmente intensa en los siglos XVI y XVII. Se habían generado en ese largo tiempo muchos intereses y muchas conexiones, que implicaban a mucha gente de ambas penínsulas.

Regresar a Italia fue esencialmente una decisión de Felipe V, que no quería aceptar la partición de su herencia española (Martínez y Alfonso, 2001; Serrano, 2004). Estaba en juego su dignidad como Borbón y como rey de la Monarquía Española. Además, Don Felipe se sentía personalmente muy vinculado a Italia, por el gran impacto que le había causado su visita de 1701 a tierras italianas (Pérez, 2019). Su oposición durante la guerra a los planes de Luis XIV de abandonar Italia fue siempre muy fuerte, como demuestra su correspondencia. Su resistencia a ceder Italia en las negociaciones de la paz de Utrecht fue igualmente muy grande (Albareda y Sallés, 2021).

El matrimonio de Felipe V con Isabel de Farnesio tenía como finalidad principal aumentar sus posibilidades de regresar a Italia. Los derechos de Doña Isabel a la sucesión de Parma y a la sucesión de Toscana, eran claras bazas diplomáticas para negociar en los tableros diplomáticos europeos. Una vez casados, los intereses personales de Doña Isabel reforzaron todavía más el interés por la política italiana (Mafrici, 1999; Pérez, 2003; Fragnito, 2009). Los Farnesio eran desde siempre partidarios de la presencia española en Italia. Y a ello hay que sumar la pasión maternal de la reina por dar un destino soberano a su hijo primogénito, Carlos, nacido en enero de 1716 (Bourgeois, 2009).

El objetivo principal del gobierno de Felipe V y de Isabel Farnesio estaba en la política internacional y era volver a Italia. Coincidían en ello los reyes y su coincidencia respondía no sólo a los intereses de la reina, como muchas veces se ha dicho, sino también a los de la Monarquía española, a los de la dinastía y a los de una parte importante de la sociedad española, estrechamente vinculada desde hacía siglos, por muchos motivos, políticos, sociales, económicos y culturales, a los territorios italianos (Sallés y Albareda, 2019; Jover, 1956).

Si para Felipe V la recuperación de los dominios italianos se trataba de una cuestión de honor, del suyo propio y del de la dinastía borbónica, si para España era una cuestión importante por motivos económicos, sociales y políticos, para Isabel Farnesio el regreso a Italia era, además, algo muy personal. Su ambición maternal impulsaba a la reina a buscar tronos para sus hijos y en ningún lugar mejor que en tierras italianas. Isabel tenía sus particulares intereses, pero supo ponerlos en sintonía con los del rey y con los de muchos de sus súbditos. Según Edward Armstrong, no era ambición innoble ni impropia de una madre italiana la de querer que sus hijos reemplazasen a los extranjeros en el gobierno de su país (Armstrong, 1892).

Estaba en juego el futuro de la Monarquía española como potencia europea (León, 2019). Para España, gran potencia internacional todavía por sus posesiones americanas, si quería volver ser en el espacio europeo algo más que una mera potencia de segunda categoría, las esperanzas de conseguirlo se ofrecían en la renovación de su influencia en Italia, un proyecto que no era más que repetir la política de uno de sus monarcas más brillantes y admirados, Fernando el Católico.

Para los reyes y sus ministros se trataba de conseguir el regreso a Italia por cualquier medio, con la diplomacia o con el ejército. Sin embargo, el panorama internacional no era favorable a las ambiciones de los reyes españoles. En Francia la situación había cambiado tras la muerte de Luis XIV y las relaciones de Felipe V con el regente, el duque de Orléans, no eran buenas. El emperador Carlos VI seguía enemistado con los Borbones, nada dispuesto a ceder sus posiciones en tierras italianas. Gran Bretaña, que había obtenido grandes compensaciones en Utrecht deseaba todavía más (Black, 2011). Holanda se hallaba insatisfecha y envidiaba las ventajas coloniales de ingleses y españoles. Víctor Amadeo II de Saboya, engrandecido en la guerra de sucesión y convertido en rey, codiciaba el Milanesado. El Papa se hallaba preocupado por el poder de los Habsburgos en Italia y en malas relaciones con los Borbones españoles por su política regalista. Había muchos intereses contrapuestos y en ese complicado tablero internacional debía desarrollarse el juego diplomático y militar español.

Las potencias europeas decidieron tomar precauciones ante los proyectos españoles. Lord James Stanhope por Gran Bretaña y el abad Dubois por Francia llegaron a un acuerdo previo, al que luego se sumó Holanda. Cambiaban las

alianzas de la Guerra de Sucesión. La Triple Alianza estaba integrada, pues, por Gran Bretaña, Francia y las Provincias Unidas. Su propósito era enfrentarse conjuntamente a España y obligarla a acatar las resoluciones de Utrecht. Para ello acordaron el Tratado de La Haya, firmado el 4 de enero de 1717.

Figura principal en estos proyectos iniciales de regreso a Italia fue el cardenal Alberoni. Giulio Alberoni, nacido en 1664, cerca de Piacenza, de familia humilde, siguió la carrera eclesiástica. Pero no fue en la Iglesia donde prosperó. Sirvió al duque de Vendôme como secretario durante la guerra de Sucesión y fue agente del duque de Parma. Esencial en su carrera fue el encargo parmesano de negociar la boda de Felipe V e Isabel de Farnesio en 1714. En justa correspondencia a su servicio, la nueva reina, deseosa de apartar la influencia francesa, apoyó a un nuevo equipo de gobierno, encabezado por el abate Julio Alberoni. Alberoni dirigió la política exterior de la monarquía con una doble finalidad, revisar los Tratados de Utrecht en Italia, para recuperar para Felipe V los estados de la Monarquía Española que habían pasado al emperador Carlos VI y al duque de Saboya Víctor Amadeo II, y asegurar para el príncipe Carlos, el primer hijo del nuevo matrimonio, la sucesión al ducado de Parma y al ducado de Toscana. Gracias al apoyo español fue Alberoni hecho cardenal en 1717 por el Papa Clemente XI (Rossi, 1978; Castagnoli, 1929-1932; Maqueda, 2009; Sallés, 2016a).

Uno de los colaboradores más destacados de Alberoni fue José Patiño y Rosales, nacido en Milán en 1666, de una familia de origen gallego que desde finales del siglo XVI servía a la Monarquía Española en Italia y, por tanto, buen conocedor del tema italiano. Había sido intendente durante la implantación del Decreto de Nueva Planta en Cataluña y fue el encargado de poner en marcha el programa de rearme naval que permitiría llevar a cabo la nueva política (Perona y Benítez, 2009).

Los desequilibrios de la balanza de poder establecida en Utrecht tuvieron como uno de los escenarios destacados el Mediterráneo y concretamente las dos islas, Cerdeña y Sicilia, que habían estado ligadas primero a la Corona de Aragón y después a la Monarquía Española. Perdidas en Utrecht, la decisión de recuperarlas superaba toda prudencia. España quería mantener su papel de gran potencia, aunque para ello hubiera de recurrir a la guerra. El ministro Alberoni fue el encargado de emprender el proyecto de restaurar la presencia española en Italia (Sallés, 2016b; Valsecchi, 1978). Esta política requería previamente un gran esfuerzo de reforma del ejército y la armada. La marina se consideraba esencial. Se adquirieron barcos en Génova y se puso en marcha un ambicioso plan de construcción de navíos en Cataluña, Guipúzcoa y Galicia. Había que estar preparados para la ocasión.

La política «revisionista» y dinástica de Felipe V e Isabel de Farnesio encontró un pretexto en las negociaciones iniciadas entre los representantes del duque de Saboya, Víctor Amadeo II, y del emperador Carlos VI para intercambiarse las

islas de Sicilia y de Cerdeña, lo que fue interpretado en la corte de Madrid como una violación de los Tratados de Utrecht y Rastatt.

2. LA CONQUISTA DE CERDEÑA Y SICILIA

El primer objetivo de Felipe V fue reconquistar Cerdeña, campaña que se inició en el verano 1717. Los preparativos navales y militares de la expedición a Cerdeña fueron ocultados bajo la excusa de que se estaba preparando un ataque contra las bases piratas berberiscas del norte de África, y así fue comunicado al papa Clemente XI. Era esencial no alarmar a las potencias europeas antes del ataque (Poumarède, 2018).

Un grave suceso ocurrido el 2 de junio de 1717, el arresto en Milán por los austríacos del Inquisidor general español José Molines, en viaje de Roma a Madrid, dio a Felipe V la excusa para desencadenar la conquista de Cerdeña, iniciando las hostilidades contra el Imperio, que entonces poseía dicha isla, por disposición del acuerdo de Utrecht (Martín, 2008). El 11 de junio Alberoni dio orden a Patiño, intendente general de Marina, de que enviara a Barcelona la flota del Mediterráneo.

Para acometer la empresa, España llevaba ya tiempo reconstruyendo su fuerza naval. La escuadra española que fue a Cerdeña, al mando del marqués de Mari, estaba integrada por 12 buques de guerra y 100 transportes que llevaban unos 8 000 soldados al mando del marqués de Ledesma. Zarpó de Barcelona a fines de julio de 1717 y el desembarco en Cerdeña se inició el 22 de agosto. La actuación del marqués de San Felipe, que recorrió la isla animando a los habitantes a volver al dominio español contribuyó de manera importante a favorecer el éxito militar. Aunque hubo resistencia en Alguer, Castillo Aragonés y Cagliari, las tropas austriacas se retiraron. Alguer capituló el 25 de octubre y la última plaza cayó el 30 de octubre. En pocas semanas se completó la conquista española de Cerdeña frente a las fuerzas imperiales. La política de regreso a Italia parecía comenzar bien (Alonso, 1977).

El Imperio no pudo reaccionar de inmediato, pues la guerra contra los turcos necesitaba de todas sus fuerzas. El príncipe Eugenio de Saboya, comandante general del ejército imperial, recomendó no abrir un nuevo frente en el Mediterráneo, enfrentándose a España. El final de la guerra contra el Imperio otomano con la firma del tratado de Passarowitz el 21 de julio de 1718, que restituyó el equilibrio en la Europa oriental, liberaría al Imperio y le permitiría hacer frente al problema italiano. Al poco se firmaría el tratado de la Cuádruple Alianza.

En medio de esta delicada situación, a principios de octubre de 1717 el rey sufrió una grave crisis de melancolía. Obsesionado con la idea de que su muerte era inminente, experimentó un grave deterioro de su salud y abandonó el gobierno. La enfermedad de Felipe V dejó el poder, más que nunca, en manos de Isabel Farnesio. Para bien o para mal, ella se encontró sola ante el gran reto personal y político. Pero la situación era muy contradictoria. Isabel podía entonces disponer del gobierno sin

trabas de ninguna clase, pero se hallaba en riesgo grave de perderlo definitivamente si el rey llegaba a morir. En caso de faltar Felipe V, Isabel, viuda, quedaba absolutamente relegada. Sus ambiciones, para sí misma y para sus hijos, quedarían cortadas de raíz, precisamente cuando más cerca parecía hallarse de conseguirlas. Y en el siguiente reinado, que no sería de un hijo suyo, difícilmente podría controlar el poder como lo había hecho hasta entonces. El rey había hecho testamento nombrando a su esposa Regente del reino, pero aún así el futuro era muy problemático para ella. Sin embargo, la incertidumbre no la paralizó, al contrario, con su habitual energía decidió que el único camino era seguir adelante (*Histoire*, 1719: 418).

Animada por el éxito logrado, España no se conformó con Cerdeña. Nuevamente se movilizaron todos los recursos militares y navales (Martí, 2019; Martí, 2021; Jiménez, 2001). En el verano de 1718, de nuevo al mando del marqués de Ledesma, una nueva expedición, mucho mayor —30 buques de guerra, aunque muchos de ellos eran barcos de carga artillados, y 400 barcos de transporte con 30 000 soldados a bordo— partió de Barcelona el 19 de junio, hizo escala en Cerdeña y se dirigió a Sicilia, a donde arribó el 30 de junio de 1718. Las autoridades saboyanas, bajo el mando del virrey conde de Maffei, alertadas por lo sucedido en Cerdeña, habían reforzado las defensas de la isla, pero no les sirvió de mucho. Las tropas españolas tomaron Palermo el 8 de julio. El ejército, que se había dividido en dos, prosiguió su misión. Ledesma, por la costa, fue a tomar Mesina y el duque de Montemar ocupó el resto del territorio, Trapani, Términi y Catania. El asedio de Mesina, iniciado el 28 de junio fue la empresa más complicada. Fue dirigido por el ingeniero general Jorge Próspero de Verboom y el asalto final, realizado el 29 de septiembre al mando de Caraciolo y Villadarias, logró conquistar la plaza (Abián, 2015). La isla fue rápidamente conquistada y al igual que lo sucedido un año antes, los habitantes recibieron con alegría a los soldados de Felipe V (Notario, 2019b).

Estas victoriosas intervenciones de España en Italia, primero en Cerdeña y después en Sicilia, provocaron en primer término la reacción del emperador Carlos VI y del duque de Saboya, cuyas posesiones italianas se veían directamente afectadas, pero también alarmaron enormemente a las demás potencias europeas, que temían la restauración de la hegemonía española en el Mediterráneo y el nuevo despliegue de poder de Felipe V. Se acusaba a España de haber traicionado los compromisos adquiridos en Utrecht y de haberlo hecho en momentos en que la guerra del Imperio contra los turcos requería la solidaridad de todas las cortes europeas.

El sistema de equilibrio se puso en funcionamiento. Al conocerse la invasión de Sicilia, el emperador Carlos VI decidió entrar en la Triple Alianza formada el año anterior, naciendo la llamada Cuádruple Alianza con la firma del Tratado de Londres el 2 de agosto de 1718 (Dhondt, 2021). Fue así como cinco años después de imponerse el equilibrio de Utrecht, cuestionado por las iniciativas españolas de regreso a Italia, dicho equilibrio hubo de ser ratificado por un nuevo tratado. La

Cuádruple Alianza representaba la restauración del equilibrio europeo. El acuerdo fue firmado por el Sacro Imperio Romano Germánico, las Provincias Unidas de los Países Bajos, el Reino de Francia y el Reino de la Gran Bretaña, con el objetivo de unirse ante la política beligerante de la Monarquía Española. Los aliados exigieron la retirada de las tropas españolas de Sicilia y Cerdeña, mientras Gran Bretaña desplegaba una pequeña flota con tropas de las Provincias Unidas, que sitiaron Mesina.

Fueron varios los acuerdos pactados por los países de la Cuádruple Alianza. Cada uno de los países firmantes se comprometía a no agredir a ninguno de los países aliados, y a no dar asilo a los enemigos. En caso de ataque por parte de otros países, cada uno de los aliados pondría a disposición del país agredido una fuerza militar de apoyo, terrestre o marítima. Otros países podrían entrar en la alianza, con el beneplácito de todos los aliados.

Existían algunos acuerdos particulares entre el Sacro Imperio y el reino de Sicilia. El rey de Sicilia Víctor Amadeo II de Saboya entregaría a Carlos VI el reino de Sicilia; este a cambio le cedería el reino de Cerdeña. Víctor Amadeo II conservaría sus posesiones en el Ducado de Montferrato y en el Ducado de Milán. Carlos VI reconocía el derecho de la Casa de Saboya a la sucesión a la corona de España, en caso de que faltase la descendencia de Felipe V; si esto sucediese, Saboya no podría poseer simultáneamente territorios en España e Italia (Storrs, 1999; Storrs 2012; Storrs, 2016; Girgenti 1990).

Lo que para las potencias de la Cuádruple Alianza eran acuerdos tomados para restaurar el equilibrio de Utrecht, para la Monarquía Española suponía mantener el desequilibrio mediterráneo derivado de la Guerra de Sucesión. Las condiciones propuestas en el tratado relativas al reparto de territorios en Italia no fueron del agrado de Felipe V y España siguió adelante con sus pretensiones de recuperar los territorios italianos. Pero el conjunto de fuerzas desbordaba ampliamente las posibilidades españolas de resistencia. La respuesta de los aliados fue rápida y contundente.

3. LA GUERRA DE LA CUÁDRUPLE ALIANZA CONTRA ESPAÑA

Como consecuencia de la política beligerante de Felipe, en diciembre de 1718 Gran Bretaña le declaró la guerra, a la que posteriormente se fueron incorporando diversos países. Otra vez la guerra. Se recurría de nuevo a las armas para dirimir el conflicto. Se trataba de desequilibrar para equilibrar. La guerra de la Cuádruple Alianza tuvo lugar entre 1717 y 1720 en Europa. Enfrentó a la Monarquía Española de Felipe V con la Cuádruple Alianza, una coalición formada por el Sacro Imperio, Francia, Gran Bretaña y las Provincias Unidas. España se encontró sola frente a las grandes potencias europeas, hasta Francia estaba en contra (Alcoberro, 2019).

Inglaterra estaba decidida a cortar por lo sano el despliegue naval español y envió al Mediterráneo una escuadra, mandada por el Almirante Sir George Bing. Mientras

se ultimaba la alianza en Londres, el 11 de agosto de 1717 la flota británica avistó frente al cabo Passaro, cerca de Siracusa, a la flota española comandada por Antonio de Gastañeta. Como los españoles se negaron a obedecer la orden de suspender las operaciones que estaban llevando a cabo, fueron atacados por los británicos, sin previa declaración de guerra. Los españoles, desprevenidos, fueron completamente derrotados. Muchos barcos fueron hundidos o seriamente dañados y el resto fueron embarrancados por sus propias tripulaciones para evitar ser capturados. La batalla del cabo Passaro supuso un serio revés para la expedición española a Sicilia. Al haber desaparecido la flota, los soldados de Felipe V que ocupaban la isla quedaron aislados y sin poder recibir refuerzos.

A pesar del desastre naval, en el tablero diplomático, España todavía no lo tenía todo perdido. La Cuádruple Alianza ofrecía a Felipe V compensaciones en Parma y Toscana a cambio de llegar a un acuerdo con el emperador y comprometerse a respetar las cláusulas de Utrecht referentes a Italia. Pero Felipe V y sobre todo Isabel Farnesio no estaban dispuestos a ceder y Alberoni tampoco, pues no podía permitirse hacerlo si quería continuar disponiendo del poder, ya que el mantenimiento del favor regio dependía del éxito de aquella empresa.

Felipe V protestó ante la corte británica por el ataque de Cabo Passaro. Pero la respuesta fue la declaración formal de guerra de Gran Bretaña el 27 de diciembre de 1718. Alberoni respondió con una estratagema que pretendía llevar la guerra a Gran Bretaña. En marzo de 1719 zarpó de Cádiz una pequeña flota con 6 000 soldados a bordo que iban a apoyar el levantamiento jacobita que los partidarios de Jacobo III iban a realizar en Escocia. Pero la operación resultó un desastre porque muy pocos barcos llegaron a las islas británicas y además provocó una dura reacción británica que desembarcó tropas en Vigo, Ferrol y Santoña (Notario, 2019a). Intrigas no faltaron. Alberoni incluso procuró inútilmente azuzar a Rusia y Suecia en una guerra contra los británicos.

En el caso de Francia Alberoni también se aventuró en una empresa arriesgada. Buscó un cambio de gobierno para fortalecer las aspiraciones de Felipe V al trono francés, tratando de derrocar al Regente, el duque de Orleans, mediante una conspiración en la que anduvo mezclado el Embajador español en París, el príncipe de Cellamare, un napolitano al servicio de Felipe V, junto con un grupo de aristócratas franceses. Entre éstos se hallaba la duquesa de Maine, hija del príncipe de Condé, que mantenía correspondencia con la reina Isabel Farnesio, a través del embajador español. Descubierta la conjura el 6 de diciembre de 1718, Cellamare fue expulsado de Francia y los conspiradores fueron encarcelados. La respuesta de Francia no se haría esperar. A las razones políticas se añadían las malas relaciones personales. El Regente declaró la guerra a España el 9 de enero de 1719. Un ejército francés a las órdenes del duque de Berwick invadió la península.

El duque de Berwick fue una de las figuras destacadas de esta guerra. James Fitz-James, nacido en 1670, era un militar profesional. Hijo ilegítimo del rey Jacobo II

de Inglaterra y VII de Escocia y de Arabella Churchill, hermana del duque de Marlborough, fue un inglés al servicio de Luis XIV. Durante la guerra de sucesión había luchado a favor de Felipe V, siendo vencedor en Almansa en 1707 y en Barcelona en 1714. En Francia ocupó cargos destacados, fue miembro del Consejo de Regencia y por encargo del Regente hizo la guerra contra España en 1719 (Berwick, 2007).

La guerra se trasladó de escenario, de Italia a la misma España. Se produjo una invasión francesa en la península ibérica. Berwick invadió el País Vasco, Navarra y Cataluña, amenazando con dirigirse a Madrid. Se dedicó a destruir especialmente astilleros para la construcción de barcos, fábricas relacionadas con la marina, puertos, en general aquellos puntos en que se apoyaba la renovación de la Armada y el poder naval español. Trató de contar con el apoyo de catalanes y valencianos austracistas a los que prometió la abolición de los Decretos de Nueva Planta. Por su parte Carlos VI también declaró la guerra a España y amenazó con tomar Mallorca.

La situación española era apurada. A Felipe V, tan Borbón, tan francés, le dolió terriblemente que Francia le hiciera la guerra, pero su enfrentamiento personal con el duque de Orleáns, el regente, le motivó a luchar (Shennan, 1979). Isabel Farnesio y Alberoni lo dirigían todo desde Madrid o al menos eso era lo que todos creían. En Europa el dúo formado por la reina y el abate ascendido a Cardenal se ganó fama de intrigante y ambicioso. La princesa palatina escribía desde París en 1719, en momentos muy críticos de las relaciones hispano-francesas:

El rey de España no sabe ni una palabra de lo que pasa; la reina su esposa y el cardenal Alberoni lo dirigen todo, y estos dos están tan llenos de falsedad y de engaño que siempre hay que temerlos todo de su parte... (Orléans, 1981: 559)

En la medida en que la reina y Alberoni buscaban el engrandecimiento de la Monarquía española se hacían odiosos para las demás potencias, incluida Francia, a pesar de la alianza dinástica (Mafrici, 2002).

4. LA VISITA REAL A VALENCIA

Había que cuidar los equilibrios externos, el equilibrio del Mediterráneo español, pero también los equilibrios internos. Era esencial defender la península y Felipe V estaba dispuesto a regresar al campo de batalla y luchar por su reino, tal como había hecho durante la guerra de Sucesión.

La importancia que había cobrado Italia se reflejaba en la costa española del Mediterráneo. Además, la zona era especialmente delicada, pues Cataluña y Valencia formaban parte destacada de los territorios que se habían inclinado por el Archiduque en la guerra de Sucesión. Consciente de lo delicado de la situación, Felipe V consideraba importante hacer algún gesto de aproximación hacia esos reinos y comenzó por Valencia.

Hacía tiempo que los valencianos esperaban la visita regia. Las vicisitudes de la guerra de sucesión habían retrasado el viaje proyectado a comienzos del reinado, pues Felipe V, en vez de dirigirse a Valencia como tenía previsto en 1702, hubo de marchar a Italia, donde había comenzado el conflicto. En 1714 la llegada de la nueva reina Isabel de Farnesio podía haber proporcionado una ocasión propicia para un viaje real, pero esa ocasión no llegaría a producirse. La capital valenciana había propuesto que la boda regia se celebrara allí, pero la oferta fue desestimada. Estaba previsto que la reina llegara a España por un puerto del reino de Valencia, Alicante o Vinaroz, pero debido a la gran tormenta que padeció nada más embarcar en Sestri-Levante, hubo cambio de planes y la reina decidió hacer el viaje por tierra, a través de los Pirineos.

Para unos valencianos la visita real no resultaba agradable, pero para otros, partidarios del bando felipista, era muy deseada. Se presentaba ahora una nueva oportunidad de encuentro. El litoral mediterráneo había cobrado especial significación por la conquista de Cerdeña y Sicilia y a partir de la guerra iniciada en 1719 contra Francia e Inglaterra todavía mucho más.

De nuevo en guerra, Felipe V recuperó el ánimo y pensó en acercarse al escenario de la contienda, pasando por Valencia y Cataluña, especialmente en el momento en que las tropas enemigas amenazaban tierras catalanas. En abril de 1719 Felipe V decidió comenzar su periplo, visitando el reino de Valencia. Tal como escribía el marqués de San Felipe:

El rey Felipe salió de su corte acompañado de la Reina, aunque estaba preñada. Iba también el Príncipe de Asturias y el cardenal, que dispuso se quedase en Madrid el ayo del príncipe, duque de Populi, a quien tenía aversión porque no era de su dictamen. (Bacallar, 1957: 311)

Tras la Guerra de Sucesión era la primera vez que el rey regresaba a la Corona de Aragón y el recibimiento que se le dispensara era fundamental para la vinculación de los territorios a la Monarquía. El caso de Valencia era, además, especialmente importante, porque era la primera vez que Don Felipe visitaba el reino. Sin embargo, la visita ya no tendría nada que ver con las tradicionales visitas de la época de los Austrias. No se seguiría el ritual de la entrada solemne, que incluía la jura de las libertades y privilegios de la ciudad, mucho menos se celebrarían cortes, que habían sido igualmente abolidas en el momento de la conquista del reino por las armas borbónicas.

Una carta del secretario del despacho, don Miguel Fernández Durán, fechada el 24 de abril, comunicó al capitán general y al corregidor de Valencia la noticia de la inminente visita del rey, acompañado de la reina y el príncipe de Asturias, camino de Cataluña. Se daban, además, instrucciones sobre el arreglo del camino de Valencia a Tortosa.

Inmediatamente comenzaron los preparativos, en medio de un ambiente de incertidumbre, pues como los antecedentes no servían de referencia, los valencianos tenían miedo de no hacer las cosas a gusto del soberano. Pero había una garantía de éxito, la personalidad del entonces capitán general del reino de Valencia, Francisco María Spínola y Spínola (1660-1727), tercer príncipe de Molfetta, tercer duque de San Pietro in Galatina, Grande de España. Un italiano, un noble, un militar, al servicio de la Corona española. Luchó a favor de Felipe V en la Guerra de Sucesión. En el viaje de Felipe V por tierras italianas en 1701, Francisco María Spínola le había agasajado espléndidamente. Como indicaba el duque de Saint Simon: «Milan où le duc de Saint-Pierre régala le roi d'Espagne d'un opéra superbe à ses dépens» (Saint-Simon, 1983, II). Casado en primeras nupcias con Isabel Spínola y Colonna, Princesa de Molfetta, fallecida en 1700, con quien tuvo varios hijos, volvió a casarse en 1705 en segundas nupcias con Marguerite-Thérèse Colbert de Torcy (1682-1769), hermana del marqués de Torcy, ministro de Asuntos Exteriores de Luis XV, que sería nombrada camarera mayor de la reina y acabaría siendo una gran amiga.

Las autoridades del reino de Valencia eran decididamente borbónicas y deseaban complacer al rey y aprovechar su estancia en Valencia para limar asperezas y tratar de congraciarse con la monarquía, procurando olvidar los pasados conflictos. El Ayuntamiento ofreció un donativo de diez mil libras, para intentar mejorar su imagen. Los valencianos no pretendían recuperar todos los privilegios tradicionales, pero sí al menos lograr la equiparación con otros municipios de la monarquía española.

Los reyes y el príncipe de Asturias emprendieron viaje a Valencia a finales de abril. El 28 hicieron noche en Saelices, el 29 en Villar de Cañas, el 30 en Bonache, a medio camino entre Madrid y la capital valenciana. El primero de mayo se detuvieron en el lugar para descansar y celebrar la fiesta de San Felipe, onomástica del rey. El siguiente día 2 reemprendieron el viaje por Manglanilla, Requena y Chiva, arribando a la ciudad de Valencia el 5 de mayo, donde todo estaba preparado para recibirles.

La bienvenida de Valencia a los reyes resultó magnífica. El itinerario de entrada en la ciudad se hallaba adornado para celebrar el acontecimiento. Retratos de los soberanos, colgaduras, flores, decoraciones de todas clases llenaban las fachadas de las casas. A lo largo del recorrido esperaban los gremios, con todos sus miembros vestidos de fiesta, enarbolando sus pendones y banderas, para dar la bienvenida a la familia real, con músicas y danzas.

Los reyes y el príncipe de Asturias, don Luis, hicieron su entrada en la capital valenciana en medio de aclamaciones, repique de campanas y salvas de artillería. En la puerta del palacio real esperaban las autoridades, el capitán general y también los regidores, pero no corporativamente sino a título particular, siguiendo las

instrucciones del soberano, así como un gran número de nobles. Los reyes entraron en palacio y salieron al balcón para saludar al pueblo congregado. Pasaron el resto de la tarde en la playa y por la noche se hicieron luminarias en su honor.

Las demostraciones de regocijo eran incesantes. La *Gaceta de Madrid* daba noticia del recibimiento dispensado a la familia real en Valencia:

... llegaron a aquella capital el referido día 5 a las dos de la tarde, habiendo sido recibidos de la ciudad y de aquel numeroso pueblo, con grandes demostraciones de regocijo y alegría, las que continuaron hasta media noche con luminarias, castillos y otros artificios de fuego, que se irían prosiguiendo; concurriendo a esta celebridad con igual alborozo los habitantes de los lugares de su amenísima y dilatada huerta y de otros parajes. (Gaceta, 1719, 9/5)

El segundo día de su estancia en Valencia, el 6 de mayo, lo pasó la familia real en la Albufera. A su regreso a la ciudad hubo luminarias nocturnas y el disparo de un gran castillo de fuegos artificiales en el llano del Real para celebrar la presencia de los monarcas.

La tercera y última jornada, el día 7, fue la más intensa y ceremonial, dedicándola primero al besamanos general, expresión del encuentro entre el monarca y la sociedad valenciana. En primer lugar rindió pleitesía a Felipe V la Real Audiencia, presidida por el capitán general, siguiendo después la Ciudad, el Cabildo eclesiástico, el tribunal de la Inquisición y por último la orden de Montesa. Acto seguido la ceremonia se repitió con la reina.

Ese mismo día 7 tuvo lugar la visita a la Catedral. El itinerario iba por la Puerta del Real, plaza de santo Domingo, calle del Mar, hasta la Catedral. En la Puerta del Miguelete, el Cabildo eclesiástico cedió a la Ciudad el privilegio de portar el palio en que los reyes harían su entrada en el templo. Tal como se hacía en el pasado, Felipe e Isabel fueron recibidos en la puerta de la iglesia por el Cabildo, y allí el canónigo capitular les dio la bendición y adoraron el *Lignum Crucis*. En el interior de la seo se cantó un *Te Deum* de acción de gracias. El ceremonial eclesiástico fue escrupulosamente respetado por Felipe V.

Terminada la visita a la Catedral, los reyes visitaron otras iglesias de especial devoción en la ciudad, como la capilla de la Virgen de los Desamparados, la iglesia de San Salvador, la de San Juan, el colegio del Patriarca y el convento de Santo Domingo. La religiosidad de Don Felipe se ponía de manifiesto en ese recorrido, salpicado de rezos y reliquias. El día terminó con un besamanos de damas a la reina, celebrado en palacio y las acostumbradas luminarias.

En comparación a las fiestas reales dedicadas a otros soberanos en los siglos anteriores, los festejos ofrecidos a Felipe V e Isabel de Farnesio tuvieron un tono menor. Valencia que tenía fama de saber organizar fiestas muy brillantes no destacó en esta ocasión. El ambiente era muy delicado, la guerra de sucesión estaba todavía

muy cerca, la visita regia se anunció con muy poca antelación y fue muy breve, sólo tres días, una simple estancia de paso. La familia real se marchó de Valencia la mañana del 8 de mayo (Monteagudo, 1995: 102-109).

Pese a todo el balance de la visita regia al reino de Valencia resultó muy positivo. La *Gaceta* resaltaba la satisfacción de los reyes por la acogida que les dispensaron los valencianos:

Sus Majestades y el Príncipe gozan de perfecta salud y ejecutan muy gustosos y alegres este viaje, porque a más de la legítima y justa causa que los mueve, les sirve de grande satisfacción el amor y ternura con que en todas partes los reciben sus buenos vasallos, concurriendo los pueblos en gran número, hasta 10 y 12 leguas distantes de la carrera, por lograr el consuelo de ver a sus Majestades y al Príncipe nuestro señor. (*Gaceta*, 1719: 9/5)

Pero no se trataba solo de visitar Valencia. La finalidad principal del viaje real era marchar después hacia la frontera francesa, para acercarse al escenario de la guerra, pues Felipe V se hallaba muy preocupado por la situación y tenía deseos de pasar a la acción. Como decía la *Gaceta*:

Y no obstante hallarse sus Majestades y el Príncipe muy gustosos en aquella ciudad, así por estos motivos, como por lo ameno y delicioso del país, estaban en ánimo de proseguir dentro de dos o tres días sus jornadas hacia la frontera, ganando las horas para favorecer los intereses del Rey de Francia su sobrino, que es el principal motivo con que el Rey nuestro señor resolvió salir a campaña, cuyas importancias ocupan la primera atención de su Majestad. (*Gaceta*, 1719: 9/5)

5. EL FINAL DE LA GUERRA

Francia había comenzado su ataque en Guipuzcoa. Berwick, yendo de triunfo en triunfo, había conquistado Fuenterrabía y San Sebastián. Poco después el inglés Stanhope tomó la plaza de Santoña en Santander y también destruyó los astilleros. Tras la invasión del país vasco, Berwick regresó a Francia, para reemprender de inmediato el ataque, esta vez entrando por Cataluña, por la Cerdaña. El 11 de junio ocupó la Seu d'Urgell. Para defenderla se envió un ejército al mando del príncipe Francisco Pío de Saboya y Moura, marqués de Castel Rodrigo, que dejó Barcelona, donde era capitán general, para dirigirse a las provincias vascas. También el rey se dirigió hacia allá. Como explicaba el marqués de San Felipe:

Hicieron los españoles una regular defensa mientras el Rey se iba acercando a la plaza, pero cuando ya no estaba más que a dos millas de ella tuvo noticia que se había rendido a 18 de junio (...). Pudo el Rey apresurar su viaje y la marcha de las tropas, pero no quería el cardenal ni el príncipe Pío exponer la persona del Rey a una empresa imposible, por ser tan inferiores en número los españoles. (Bacallar, 1957: 312)

Las tensiones políticas y militares eran enormes. Felipe V se hallaba muy descontento de la actuación de Alberoni por lo que decidió actuar por su cuenta. El marqués de San Felipe explica las discrepancias surgidas entre el rey y el ministro y entre el rey y la reina:

Con todo eso, el Rey, sin sabida del cardenal, mandó apresurar su ejército, pero como las montañas por donde había de pasar eran tan difíciles, no pudo llegar a tiempo de ponerse el Rey a vista de las tropas francesas, que era lo que deseaba, esperando que su presencia facilitase la desertión; y como miraba al cardenal como impedimento de su designio explicóle su indignación con palabras que podían significar haber caído de su gracia; pero la Reina le mantuvo en ella, porque aun estaba persuadida que las disposiciones del cardenal eran las más acertadas para el bien de la Monarquía. (Bacallar, 1957: 312)

Finalmente, el proyecto de Felipe V de incorporarse al ejército no llegaría a realizarse. Tampoco se haría la proyectada visita a Cataluña. Muchos de los planes iniciales se frustraron. La situación política, muy delicada, aconsejaba regresar a Madrid cuanto antes. La prianza de Alberoni se hallaba ya en crisis.

El proyecto de mejorar las relaciones con Cataluña resultó una gran decepción. Los problemas catalanes lejos de suavizarse se agudizaron (Torras, 2009). La guerra avivó el alzamiento antiborbónico de los «carrasquets», favorecido por la ausencia del príncipe Pío. Durante el verano el guerrillero Pere Joan Barceló, Carrasquet, llegó a movilizar a unos 800 hombres y exigía la restitución de las leyes e instituciones abolidas por la Nueva Planta (Giménez, 2005; Albareda, 1997). Los seguidores de Carrasquet actuaron sobre todo en las comarcas meridionales catalanas, especialmente en Reus y Valls, pero el levantamiento se extendió por gran parte de Cataluña. Como explicaba Francesc de Castellví:

Creció en toda Cataluña el número de gentes desmandadas. Levantáronse diferentes caudillos. Llegaban las cuadrillas hasta la vista de Barcelona. (...) En fin, no hubo lugar abierto en Cataluña que no padeciese calamidades. (...) Lo cierto es que toda Cataluña padeció una desgracia general. (...) Duró esta calamidad seis meses. (Castellví, 1997-2002: IV, 663-664)

A pesar del levantamiento antiborbónico, la campaña catalana no resultó tan favorable para las armas francesas como la vasca, Berwick hubo de levantar el sitio de Rosas en noviembre y retirarse a Francia.

Entretanto la situación se iba haciendo cada vez más difícil para las tropas españolas en Sicilia. Aisladas, sin posibilidad de refuerzos, iban sucumbiendo ante la presión cada vez más intensa de las fuerzas imperiales, respaldadas por la flota británica, especialmente a partir del fin de la guerra entre turcos y austríacos. Mesina se rindió el 8 de agosto de 1719 a los imperiales.

Si con Francia y con el Imperio la guerra no iba bien para España, tampoco con Inglaterra habría suerte. En octubre una flota inglesa, compuesta de 8 navíos de guerra y 40 transportes, con 4 000 soldados, se presentó ante las costas gallegas. La ciudad de Vigo se entregó el 10 de octubre, después Pontevedra. Toda Galicia parecía hallarse en peligro, pues apenas disponía de fuerzas de defensa. En Santiago de Compostela se evacuaron los tesoros de la catedral por temor al pillaje. Pero los ingleses no se atrevieron a avanzar tierra adentro y se contentaron con saquear ciudades costeras, causando grandes daños y dedicándose especialmente a la destrucción de barcos, astilleros y arsenales, buena prueba del temor que inspiraba a Inglaterra el programa de reconstrucción naval emprendido por el gobierno español. El golpe fue muy grave.

La caída de Alberoni era inevitable. La interpretación que hacía el marqués de San Felipe de la caída del cardenal resulta reveladora del papel desempeñado por Isabel de Farnesio en la crisis:

Estos malos sucesos y el haber tenido el rey Felipe la noticia que estaban los alemanes en Sicilia, sitiando a Mesina sin que hubiesen los españoles podido embarazarlo, le hizo entrar en la reflexión de que le había puesto Alberoni en empeños de que no podía salir, y empezó a enajenar el ánimo de este ministro, que no dejando de conocer alguna mudanza en el Rey, apelaba al favor de la Reina, que también estaba cansada de sostener la despótica voluntad de aquel hombre, a quien, por su bajo origen, miraba interiormente con desprecio. (Bacallar, 1957, 313)

Para finalizar la guerra los aliados exigieron la caída de Alberoni. Era un modo de salvar la reputación de Felipe V y facilitar la restauración del equilibrio perdido en el Mediterráneo. A los reyes españoles también les convenía prescindir del ministro que había fracasado en la política emprendida, lo cual no implicaba que renunciaran a esa política de regresar a Italia. Lo intentarían posteriormente con otros medios diplomáticos y bélicos.

Los reyes apartaron a Alberoni del poder en diciembre de 1719. Felipe V decidió el destierro del Cardenal y, para no tener que afrontar personalmente el problema, el 5 de diciembre de 1719 salió de Madrid, en compañía de la reina y del príncipe de Asturias, para el Pardo, dejando firmado el decreto:

Estando continuamente inclinado a procurar a mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar a los tratados honrosos y convenientes que pueden ser duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza a una obra de la cual depende tanto el bien público, como asimismo por otras justas razones, he juzgado a propósito el alejar al Cardenal Alberoni de los negocios de que tenía el manejo, y al mismo tiempo darle, como lo hago, mi real orden para que se retire de Madrid en el término de ocho días, y del reino en el de tres semanas, con

prohibición de que no se emplee en cosa alguna del gobierno, ni de comparecer en la Corte, ni en otro lugar donde yo, la Reina o cualquier príncipe de mi real casa se pudiese hallar. (Biblioteca Nacional de España. Ms. 10.927. ff. 18r-19r)

6. EL TRATADO DE LA HAYA DE 1720

Todos, cada uno a su manera, trataban de recuperar el equilibrio perdido. Pero la vuelta al equilibrio no era fácil. Tras la destitución de Alberoni, Felipe V pretendió que las potencias de la Cuádruple Alianza reconocieran sus conquistas de Cerdeña y de Sicilia, e incluso reclamó a Gran Bretaña la restitución de Gibraltar y de Menorca.

Pero al final España hubo de ceder y puso fin al conflicto mediante su adhesión al Tratado de la Haya el 17 de febrero de 1720 (Cantillo, 1843). Felipe V se vio obligado a retirar las tropas de Cerdeña y de Sicilia, a renunciar a cualquier derecho sobre los antiguos Países Bajos españoles, ahora bajo soberanía del emperador Carlos VI, y a reiterar su renuncia a la Corona de Francia. En dicho tratado, Víctor Amadeo II de Saboya y el Imperio intercambiaron las islas de Sicilia y Cerdeña, Sicilia para el Imperio, Cerdeña para la Casa de Saboya. Aunque pocas, hubo algunas pequeñas ventajas para España. Carlos VI reconoció el derecho de Felipe V a la corona española, y se comprometió a no tener pretensiones sobre el trono español, en su nombre y en el de sus herederos. Felipe V obtuvo la promesa de que la sucesión al ducado de Parma, al ducado de Piacenza y al ducado de Toscana recaería en los hijos que había tenido con Isabel de Farnesio.

Acerca del Gran Ducado de Toscana y el Ducado de Parma y Piacenza, sobre los que tenían derechos de sucesión tanto la reina de España Isabel de Farnesio como el emperador Carlos VI, serían considerados feudos masculinos del Sacro Imperio y en caso de que no hubiera descendencia masculina en esta familia, pasarían a la descendencia masculina de la reina de España. Ninguno de estos territorios podría ser en ningún tiempo poseído por el rey de España. Si por falta de sucesión del emperador Carlos VI pasaran a la descendencia de los reyes de España, el titular del ducado debería renunciar al trono español. Para regular esta posible sucesión se convocaría el Congreso de Cambrai.

Existían otros capítulos menores del tratado. Establecían que no podría haber tropas españolas ni francesas en los ducados de Toscana y Parma. Las tropas para la defensa de dichos territorios estarían a cargo de las guarniciones de los Cantones Suizos, pagados por la Triple Alianza. Livorno seguiría siendo puerto franco. Se acordó dar amnistía para todos los prisioneros tomados durante la guerra y restitución de las propiedades embargadas en el transcurso de la contienda.

7. CONCLUSIONES

Se cerraba así el primer capítulo de la larga lucha por el equilibrio en el Mediterráneo tras el Tratado de Utrecht. El sistema de balanza de poderes establecido sería repetidamente cuestionado por los diversos intereses encontrados de las potencias europeas (Quazza, 1965). Felipe V e Isabel de Farnesio continuaron volcados en el regreso a Italia, que constituía el eje principal de su política exterior (Mafrici, 2019). El intento de Alberoni había fracasado. Siguiéron otros sucesivos, hasta que finalmente España logró volver a Italia, primero colocando al infante Don Carlos como rey de Nápoles y Sicilia, después al infante Don Felipe como duque de Parma y Piacenza (Ozanam, 1985). Esta política de largo recorrido es el mejor ejemplo de la sintonía entre Felipe V e Isabel de Farnesio, cada uno a su modo, salvando muchas adversidades, pero siempre dirigidos al mismo fin. Fue un equilibrio lleno de desequilibrios.

BIBLIOGRAFÍA

- Abián Cubillo, D. A. (2015). La guerra de sitio en la guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1721): la defensa y asedio de las fortalezas en Sicilia. En P. Rodríguez Navarro (ed.), *Defensive Architecture of the Mediterranean, XV to XVIII centuries* (I, pp. 231-238). Valencia: Editorial Universitat Politècnica de València.
- Albareda Salvadó, J. (1997). L'alçament dels Carrasclets contra Felip V. En R. Arnabat Mata (coord.), *Moviments de protesta i resistència a la fi del Antic Règim* (pp. 63-79). Barcelona: Abadia de Montserrat.
- Albareda, J. y Sallés, N. (eds.) (2021). *La reconstrucción de la política internacional española. El reinado de Felipe V*, Madrid: Casa de Velázquez.
- Alcoberro i Pericay, A. (2019). La guerra de la Quàdruple Aliança (1718-1720) des de l'Estat de Milá (i des de el Consell d'Espanya de Viena, *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, 19, 12-28.
- Alonso Aguilera, M. A. (1977). *La conquista y el dominio español de Cerdeña (1717-1720): Introducción a la política española en el Mediterráneo posterior a la paz de Utrecht*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Armstrong, E. (1892). *Elisabeth Farnese, «The Termagant of Spain»*. Londres: Longmans, Green, and co.
- Bacallar y Sanna, V. Marqués de San Felipe (1957). *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V, el Animoso*. Edición y estudio preliminar de C. Seco Serrano. Madrid: Atlas. Biblioteca de Autores Españoles, 99.
- Bély, L. (2015). El equilibrio europeo, fundamento de la paz (1713-1725). En J. Albareda Salvadó (ed.), *El declive de la monarquía y del imperio español. Los Tratados de Utrecht (1713-1714)* (pp. 19-63). Barcelona: Crítica.
- Berwick, Duque de (2007). *Memorias*. Ed. de P. Molas Ribalta. Alicante: Universidad de Alicante.

- Bourgeois, E. (1909). *La diplomatie secrète au XVIII siècle. Ses debuts*, París: Armand Colin, 3 vols. vol. II *Le secrèt des Farnese. Philippe V et la politique d'Alberoni*.
- Cantillo, A del (1843). *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día*. Madrid: Imprenta de Alegría y Charlain.
- Castagnoli, P. (1929-1932). *Il Cardinale Giulio Alberoni*. Plasencia: Collegio Alberoni, 3 vols.
- Castellví y Obando, F. (1997-2002). *Narraciones históricas desde el año 1700 al 1725*. Ed. de J.M. Mundet y J.M. Alsina, Madrid: Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo, 4 vols.
- Dhondt, F. (2015). *Balance of power and norm hierarchy. Franco-British diplomacy after the Peace of Utrecht*. Leiden: Brill Nijhoff.
- Dhondt, F. (2021). L'alliance franco-anglaise contre Philippe V. Le droit au service de l'ordre. En J. Albareda y N. Sallés (eds.) *La reconstrucción de la política internacional española. El reinado de Felipe V* (pp. 119-136). Madrid: Casa de Velázquez.
- Fraguito, G. (ed.) (2009). *Elisabetta Farnese, Principessa di Parma e Regina di Spagna, Atti dil Convegno internazionale di studi (Parma, 2-4 ottobre 2008)*. Roma: Viella.
- Gazeta de Madrid* (1719). Madrid.
- Giménez López, E. (2005). Conflicto armado con Francia y guerrilla austracista en Cataluña (1719-1720), *Hispania*, 65, 220, 543-600.
- Girgenti, A. (1990). Vittorio Amedeo II e la cessione della Sardegna: trattative diplomatiche e scelte politiche, *Quaderni di Storia*, 40, 677-704.
- Histoire publique et secrète de la Cour de Madrid, depuis l'avenement du Roy Philippe V jusqu'au commencement de la Guerre avec la France* (1719) Liejá, 2ª ed.
- Jiménez Sureda, M. (2001). La política armamentística de los Borbones en Cataluña tras la Guerra de Sucesión, *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, 21, 103-132.
- León, V. (2019). Introducción. La Monarquía de Felipe V en la Europa de Utrecht. Equilibrio y ruptura. En V. León (ed.). *Europa y la Monarquía de Felipe V* (pp. 11-31). Madrid: Sílex.
- Mafrici, M. V. (1999). *Fascino e potere di una regina. Elisabetta Farnese sulla scena europea (1715-1759)*. Cava de' Tirreni: Avagliano.
- Mafrici, M. V. (2002). Elisabetta Farnese nella politica europea del XVIII secolo. En G. Motta (ed.). *Regine e sovrane. Il potere, la politica, la vita privata* (pp. 113-128). Milán: Franco Angeli.
- Mafrici, M. V. (2019). *Coniugare la politica, costruire alleanze. Elisabetta Farnese e la Spagna nell'Europa dei Lumi*. Ariccia: Aracne editrice.
- Martí Fraga, E. (2019). Cataluña y la movilización de recursos militares para la expedición a Sicilia, 1718, *Cuadernos de Historia Moderna*, 44, 1, 129-158.
- Martí Fraga, E. (2021). El efecto de la política de asientos militares de Felipe V sobre la economía catalana 1715-1725. En J. Albareda y N. Sallés (eds.) *La reconstrucción de*

- la política internacional española. El reinado de Felipe V*, (pp. 283-307). Madrid: Casa de Velázquez.
- Martín Marcos, D. (2008). José Molines, un ministro catalán al servicio de Felipe V en Roma durante la Guerra de Sucesión Española. *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, 28, 249-262.
- Martínez Shaw, C. y Alfonso Mola, M. (2001). *Felipe V*. Madrid: Arlanza ed.
- Monteagudo Robledo, M. P. (1995). *El espectáculo del poder. Fiestas Reales en la Valencia Moderna*. Valencia, Ajuntament de València.
- Notario López, I. J. (2019a). *El Ejército español tras la Guerra de Sucesión (I), Cerdeña (1717), y Escocia (Glen Shiel 1719)*. Madrid: Almena.
- Notario López, I. J. (2019b). *El Ejército español tras la Guerra de Sucesión (II), Sicilia 1718, invasión de Italia 1734 y Guerra de Sucesión Austriaca, 1740-1748*. Madrid: Almena.
- Orléans, Duchesse d', Charlotte Elisabeth de Bavière (1981). *Lettres de la princesse Palatine 1672-1722*. Prefacio de P. Gascar, edición de O. Amiel. París: Mercure de France.
- Ozanam, D. (1985). Felipe V, Isabel Farnesio y el revisionismo mediterráneo (1715-1746). En J. M. Jover Zamora (dir.), *La época de los primeros Borbones*, tomo XXIX de la *Historia de España de Menéndez Pidal* (pp. 594-610). Madrid: Espasa Calpe.
- Pérez Samper, M. A. (2003). *Isabel de Farnesio*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Pérez Samper, M. A. (2019). Un viaje real por el Mediterráneo. Felipe V en 1702, *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, 19, 998-1019.
- Perona Tomás, D. A. y Benítez Martín, M. (2009). *José Patiño y Rosales*, Diccionario de la Real Academia de la Historia.
- Poumarède, G. (2018). Le secret bien gardé d'une expédition: l'attaque de la Sardaigne (1717) entre imbroglie diplomatique et promesse de croisade. En G. Hanotin y D. Picco (dirs.), *Le lion et les lys. Espagne et France en temps de Philippe V* (pp. 207-229). Pesac: Presses Universitaires de Bordeaux.
- Quazza, G. (1965). *Il problema italiano e l'equilibrio europeo (1720-1738)*. Turín: Diputazione di Storia Patria.
- Rossi, G. F. (1978). *Cento studi sul cardinale Alberoni. Con altri studi di specialisti internazionali*. Plasencia: Collegio Alberoni, 4 vols.
- Saint-Simon, Duc de, Louis de Rouvroy (1983). *Mémoires*, ed. de Y. Coirault. París: Bibliothèque de la Pléiade, 1981-1990, 8 vols.
- Sallés Vilaseca, N. (2016a). Giulio Alberoni y la dirección de la política exterior española después de los tratados de Utrecht (1715-1719), Tesis Doctoral inédita. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- Sallés Vilaseca, N. (2016b). «Que nos odien, si también nos temen». El razonamiento estratégico detrás de las campañas de Cerdeña y Sicilia (1717-1718). *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 16, 313-334.
- Sallés, N. y Albareda, J. (2019). Revertir los Tratados de Utrecht. Las conquistas de Cerdeña y Sicilia. En V. León (ed.), *Europa y la Monarquía de Felipe V* (pp. 33-64). Madrid: Sílex.
- Serrano Martín, E. (ed.) (2004). *Felipe V y su tiempo. Congreso internacional celebrado en Zaragoza (15-19 de enero, 2001)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2 vols.

- Shennan, J. (1979). *Philippe, Duke of Orleans. Regent of France, 1715-1723*, Londres: Thames and Hudson.
- Storrs, C. (1999). *War, diplomacy and the rise of Savoy (1690-1720)*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Storrs, C. (2012). The Spanish Risorgimento in the Western Mediterranean and Italy (1707-1748), *European History Quarterly*, 42, 4, 555-577.
- Torras Ribé, J. M. (2009). Els efectes sobre Catalunya de les guerres d'Italia (1717-1719), *Butlletí de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona*, 52, 217-236.
- Valsecchi, F. (1978). La política italiana de Alberoni: aspectos y problemas. *Cuadernos de investigación histórica*, 2, 479-492.